

## RESCATANDO A ODÓN DE BUEN: CIENCIA Y POLÍTICA ENTRE LAS DOS REPÚBLICAS

Antonio Calvo Roy

Director de Sostenibilidad del grupo Red Eléctrica de España

Es un placer estar aquí, precisamente en Málaga, hablando de Odón de Buen, porque Málaga, junto a Barcelona, Madrid y Palma de Mallorca, es una de las cuatro ciudades fundamentales en su vida. Aquí fundó, en 1911, el segundo de sus laboratorios que, junto al de Palma, en 1906, y el de Santander, que había fundado Augusto González Linares en 1886, fueron el cimiento sobre el que edificó el Instituto Español de Oceanografía, el IEO, creado en 1914.



Antonio Calvo pronunciando su conferencia.

Eligió Málaga porque era el sitio adecuado para estudiar esa parte del Mediterráneo, hasta Melilla. Aquí encontró acomodo para reubicar el “laboratorio portátil” que había estado funcionando en Melilla y desde el que De Buen había hecho investigaciones en el Rif, en Alhucemas, en el mar de Alborán, las islas Chafarinas y toda esa zona al este del estrecho de Gibraltar.

Tras el laboratorio de Palma, en 1911, finalmente pudo poner en pie una “modesta Estación de Biología Marina en la capital malagueña”, aunque no empezó a funcionar realmente hasta 1913, cuando se instaló en un

piso alquilado del barrio de La Malagueta, frente al puerto. Aunque casi sin medios al principio, —solo disponía de una pequeña embarcación (el laúd Averroes)— desde allí un pequeño grupo de biólogos, físicos y químicos, se convertirían en los pioneros de la investigación en biología marina, pesquerías y oceanografía del mar de Alborán, el estrecho de Gibraltar y el golfo de Cádiz. Destacaron las investigaciones en Ictiología y en las pesquerías locales, que se extendieron a las aguas de Marruecos. Desde el puerto de Málaga partieron diversas campañas oceanográficas a finales de las décadas de 1910 y 1920, de las que el IEO organizó con ayuda de la armada. Además, llevaba a Málaga a sus estudiantes como viaje de estudios cuando era catedrático en Madrid. Pero veamos primero cómo llegó aquí Odón de Buen, como hizo para llegar a Málaga desde el secarral en el que nació.

Odón de Buen, catedrático de universidad, oceanógrafo, masón, “republicano exaltado y librepensador militante”, tal y como le definió Ramón y Cajal, vivió justo entre las dos repúblicas españolas, lo que también permite enmarcar muy bien su vida política y su vida científica. Tuvo la fortuna de vivir una época apasionante en la que se salía de un periodo más bien oscuro, los reinados de Fernando VII y de Isabel II y que se culminaba con uno más oscuro todavía, la dictadura de Franco. En medio, 80 años de acción, de cambio radical en la España que tanto quiso. 80 años que nos deberían hacer olvidar esa idea melancólica del atraso de España y de la falta de ciencia a poco que se estudiaran y se conocieran con más detalle.

Odón de Buen nació en Zuera, muy cerca de Zaragoza, en 1863 y murió en México, en mayo de 1945. Su ideal republicano era un ideal de igualdad y de justicia, de oportunidades para todos, de cultura y ciencia divulgadas. En ello empeñó su vida, con regencia, con monarquía, con dictablanda, con república y con exilio. Porque por encima de todo era un

apasionado científico que lo que pretendía era hacer de España un país de ciencia. Su aportación más relevante en este campo sigue, casi 110 años después, vivita y coleando: el Instituto Español de Oceanografía, fundado en 1914, que continúa con el mismo nombre y el mismo propósito para el que fue creado. Y, por cierto, continúa siendo una institución científica de primer nivel internacional. Precisamente aquí, en Málaga, tiene aún el cemento fresco la nueva sede para el centro que inauguró en 1911, que sufrió algunos avatares de los que hablaré más tarde y que, por cierto, quizá podría llevar el nombre de su fundador.

Volviendo a su historia, De Buen pudo estudiar gracias a los cambios de leyes que trajo consigo la Primera República y, sobre todo, gracias a las ayudas del ayuntamiento de su pueblo, Zuera, y a su propio esfuerzo, sumado al de su familia. Simpático y brillante, ya con once o doce años se financiaba a sí mismo dando clases a otros compañeros de cursos anteriores, tanto en Zaragoza, donde terminó el bachillerato y estudió el preuniversitario, como en Madrid, en sus años en la facultad de Ciencias. Su inquietud política le llevó a conocer a una de las personas claves en su vida, su mentor, y luego su suegro, Fernando Lozano, propietario del periódico *Las Dominicales del Libre Pensamiento* en donde De Buen aprendería a escribir para el público, no solo para sus colegas científicos.

Fernando Lozano le hizo ciudadano y por eso este periódico semanal fue para él tan escuela como las aulas de la universidad, o quizá más. Y junto a él se introdujo en la masonería y abrazó los ideales del libre pensamiento que sostendría toda su vida. Esa manera de estar en el mundo, crítico, solidario, valiente, insobornable, "radical en el fondo y suave en las formas", sería su sello de identidad más característico.

Y, además, era un tipo con suerte. Por fortuna estaba en el sitio adecuado en el momento oportuno, por fortuna y porque no paró un minuto de buscar esa fortuna, de procurar, como decía Picasso, que la inspiración le pillara trabajando. Su sentido gremial, por otra parte, producto también de su don de gentes y de su visión política de la vida, hizo posible que se apoyara en gremios diversos para progresar. Así, miembro activo de su grupo generacional de naturalistas,

estaba en la Real Sociedad de Historia Natural la precisa tarde en la que se supo que un barco de guardiamarinas daría la vuelta al mundo y que la Sociedad trataría de meter allí una comisión de naturalistas. La tarde precisa, el momento exacto.

Aquello no fue finalmente la circunnavegación de tres años que se había previsto –después de todo, era España– pero los cinco meses que pasó embarcado y visitando museos y facultades de ciencias cambiarían completamente su vida y, aunque resulte un poco grandilocuente decirlo, cambiarían la oceanografía española y ayudarían a cambiar la manera de enseñar en la universidad. En el momento de transición en el que le tocó ser estudiante, la mayoría de los profesores daban clases más o menos magistrales y muy alejadas del campo. Hablar de bichos o de plantas sí, pero ni tocarlos. Bolívar había empezado a llevar a sus alumnos de excursión y De Buen, cuando fue catedrático, basó toda su enseñanza en las salidas al campo y en las prácticas de laboratorio. Tal y como ha escrito el historiador de la ciencia Thomas GLICK (1989): *"Es importante darse cuenta de que De Buen está aquí describiendo una revolución en la enseñanza de las Ciencias Naturales, a base de trabajos de laboratorio y excursiones al campo, que él inició. No se trata sólo de una revolución conceptual. Faltaban marcos institucionales cuya institucionalización él mismo tuvo que estimular"*.

Dotado de aquellos conocimientos, y de aquel tesón, ayudado por muchos y buenos maestros, como el citado Ignacio Bolívar, José Macpherson, Lucas Mallada, Benjamín Máximo Laguna y Juan Vilanova, entre otros, la labor que emprendió, en el campo educativo y en el de la institucionalización de la ciencia del mar es enorme. Tan grande que pese al silencio espeso del franquismo no se pudo ocultar del todo. 25.000 alumnos a lo largo de 44 años de catedrático dan mucho de sí, sobre todo si se es un profesor que deja huella por sus conocimientos, por su didáctica y por su dignidad.

Repartió su cátedra entre la universidad de Barcelona, entre 1890 y 1911 y Madrid, desde 1911 y hasta su jubilación en 1933. Y, además de ser un profesor moderno en su didáctica, lo fue también en las materias que enseñaba, y así, fue el primero en escribir manuales de ciencias naturales en los que se explicaba la evolución,

lo que por cierto le ocasionó un notable problema, cuando la Iglesia quiso echarle de la universidad. Él supo, como hacía siempre, convertir el problema en una oportunidad y, tras dos meses con la universidad cerrada, salió reforzado de aquella aventura.

A lo largo de su toda su vida Odón de Buen, cabezota y apasionado, no se apartó de su camino ni un momento, pero lo fue variando a medida que diversas situaciones fueron confluyendo y, sobre todo, lo fue adaptando a sus planes. Por ejemplo, la muerte de Nicolás Salmerón, su jefe político, en 1908, supuso también un cambio de rumbo. Recién terminada su etapa como senador, precisamente en la coalición que armó Salmerón: *Solidaritat Catalana*, el hecho de no salir elegido nuevamente y la desaparición de su jefe hicieron que se dedicara en cuerpo y alma a la ciencia, y a la organización de la investigación científica, y dejara de lado la política. En un ditirámico artículo con motivo de su jubilación se hacía referencia a esta circunstancia añadiendo que España ganó un oceanógrafo, pero perdió, quizá, un presidente de la República. No es posible, desde luego, imaginar el contrafactual, pero probablemente, como dice un amigo mío, le faltaba sectarismo para haber llegado a algo importante en política.

En la encrucijada entre la ciencia y la política tomó, además, otro camino diferente, que fue la organización de la investigación. Su importancia no solo radica en su relevancia como oceanógrafo, sin duda sus dos hijos que trabajaron en el IEO, Rafael y Fernando, fueron ambos mejores investigadores, si lo medimos con el rasero de las publicaciones originales, pero pudieron ser los investigadores que fueron porque encontraron el marco adecuado, más allá de las relaciones de parentesco. El marco que había creado Odón de Buen.

Entre las particularidades de su vida hay una muy notable para mí: su trabajo como periodista, sobre todo como periodista científico. Si ganó sus primeras pesetas como maestro, de niño, probablemente ganó las segundas como periodista para el semanario de su suegro *Las Dominicales del Libre Pensamiento*. Aquello fue su escuela de política, pero también su escuela de redacción. Y su trabajo allí no era solo de divulgador, de publicista, como se decía entonces, sino de periodista científico en

sentido estricto, contando noticias de ciencia de diversa índole, desde los kilómetros de red ferroviaria en Rusia hasta las investigaciones de los doctores Ramón (luego Ramón y Cajal) y Ferrán sobre el cólera tras la epidemia de 1885, una epidemia que causó una gran mortandad, liquidando, entre otros, al padre del propio De Buen.

Esa inclinación periodística está también, a mi juicio, relacionada con la característica de la que hablaba hace un momento: porque De Buen es periodista, y luego divulgador de la ciencia, para ayudar a la gente a adquirir conocimientos, a saber más. Desde siempre tuvo muy claro que incrementar la cultura científica es incrementar los grados de libertad. El conocimiento es libertad, piensa, tal y como, por las mismas fechas, escribió el poeta José Martí: “*Ser cultos para ser libres*”.

Odón de Buen y Rafaela Lozano –por cierto, un personaje fundamental y del que no sabemos casi nada, como ocurre con tanta frecuencia– tuvieron seis hijos, y todos ellos alcanzaron, como su padre, el grado de doctor. Cinco fueron catedráticos de universidad, cuatro, también como su padre, premio extraordinario de licenciatura y tres se casaron con las hermanas López de Heredia, hijas del bodeguero Rafael López de Heredia y Landeta, el creador de los vinos Viña Tondonia.

La vida de cada uno de ellos, de los cualquiera de los seis, daría también para una buena biografía. Pero, en fin, volvamos al padre, a quien tenemos ya catedrático en Madrid, con el IEO fundado y convirtiéndose en una persona muy popular de su época, tanto que cuando aparecía en los periódicos no era necesario decir quién era.

Los años 20 fueron su década prodigiosa en los que su presencia internacional era muy notable. Había sustituido al príncipe Alberto I de Mónaco en algunos comités internacionales y se pasaba la vida viajando, en campañas oceanográficas, en cuanto congreso de ciencias naturales se organizaba en Europa y poniendo en pie la investigación marina y pesquera española. Su amistad con el dictador Primo de Rivera, de quien había sido profesor particular, también le ayudó, en una muestra del pragmatismo del que siempre hizo gala: tenía claras sus metas y trataba de conseguirlas por todos los medios.

Por ejemplo, su meta malagueña, el Palacio del Mar, algo en lo que llevaba mucho tiempo trabajando tal y como atestigua una crónica del diario *ABC*, de 1911, que dice: "El catedrático de Barcelona, Sr. Odón de Buen, iniciador de la fundación del Laboratorio Biológico Marino y Museo Oceanográfico, que en breve se establecerá en Málaga, ha dado una interesante conferencia, detallando la labor científica que desarrollará el futuro Museo. El orador, que fue ovacionado repetidas veces durante su instructiva conferencia, se auxilió de un aparato de proyecciones, haciendo más comprensible a los profanos su científica disertación." Y también en esta otra: "Don Odón de Buen ha visitado al alcalde, a quien habló de la importancia que tiene para Málaga la Estación Biológica que se construye en el paseo de la Farola, y le anunció la celebración en esta ciudad de un Congreso Oceanográfico, al que concurrirán numerosas personalidades". Según ha descubierto recientemente Juan Antonio Camiñas, fue nombrado hijo predilecto de la ciudad en 1936.

Y es que, tras la fundación del laboratorio, Odón de Buen trató de convertir a la ciudad de Málaga en un centro de investigación oceanográfica europeo. Tal y como escribió él mismo en la prensa de entonces, "La Subcomisión del Mediterráneo occidental la forman investigadores franceses, italianos y españoles, bajo la presidencia del Príncipe oceanógrafo [Alberto I de Mónaco]. ¿Por qué no ha de establecerse en Málaga esa Subcomisión y comenzar en seguida los estudios litorales, los más importantes para las especies de interés económico? En medio de la perturbación enorme que produce la guerra más extensa y terrible que presenciaron los siglos [se refiere a la Primera Guerra Mundial], la Ciencia debe continuar su labor, los sabios pueden asociar sus esfuerzos y coordinar los resultados de sus investigaciones. Hay que preparar en todos los campos de la inteligencia humana la Era Nueva que inaugurará la paz futura. ¿No es una dicha y un honor para España el servir de centro, en la medida de sus fuerzas, a la realización de obra semejante?"

Posteriormente, en 1929, organizó en Málaga el congreso de la Comisión Internacional de Exploración Científica del Mar Mediterráneo, CIESM. Proponía ampliar el Laboratorio del IEO de la ciudad porque "El estrecho de Gibraltar es la clave de la vida del

Mediterráneo. Por esta puerta, oleadas del agua oceánica, llena de vitalidad, entran a diario, ejerciendo saludable influencia en el clima y en las producciones agrícolas de nuestras privilegiadas costas, y aun tierra adentro en grandes extensiones continentales. Estudiar metódicamente las condiciones físicas, químicas y biológicas de las aguas del Estrecho e inmediatas del Atlántico y del Mediterráneo; estudiar sobre todo su dinámica: corrientes, mareas, oleajes, no solo interesa a España, sino a todas las naciones europeas. España tiene el compromiso de honor de no cejar en el estudio del estrecho de Gibraltar y Málaga se encuentra estratégicamente situada para este estudio." Durante ese congreso, en 1929, se puso la primera piedra del nuevo edificio.

Así, partiendo del "modesto laboratorio", quería hacer un gran centro oceanográfico en Málaga, con museo, laboratorio bien equipado, universidad del mar e incluso un centro de divulgación. Tal y como narra en sus memorias "Veinte años, por lo menos, necesité de trabajo constante. Aprovechaba todas las circunstancias favorables (...) para interesar a Málaga, al Gobierno, a los partidos políticos. (...) Cada vez que pasaba por Málaga, y eran frecuentes mis visitas, daba conferencias que siempre estuvieron muy concurridas, celebraba conversaciones con los periodistas locales que se hacían eco, con gran simpatía, del proyecto." Y así, entre la presión en los medios y la presión en los círculos políticos y académicos, se movía "en las más altas esferas del Gobierno, y de un ministro amigo obtenía una orden ministerial o una Real orden favorable al proyecto y de un diputado halagüeñas recomendaciones entusiastas cerca de las "fuerzas vivas de la ciudad". Poco a poco consiguió que el laboratorio tuviera un buen local gracias a que "con Primo de Rivera dimos un gigantesco impulso y con la República el pensamiento atrevido de veinte años atrás se convirtió en realidad." La autorización para que comenzaran las obras la firmó, en 1932, el entonces ministro de Fomento, Indalecio Prieto, y el edificio del nuevo Laboratorio y Centro Internacional de Estudios Marinos de Málaga, se inauguró en 1935, "y es sin duda el mejor de los centros de esta clase existentes en el mundo." En 1933 se había añadido al proyecto un acuario.

En el diario *El Sol*, que hizo un gran despliegue con el Congreso, le dedicaron



estos elogios: *“La mayor garantía del éxito en nuestra labor queda asegurada al tener al frente de la institución un profesor de la categoría de don Odón de Buen, de renombre universal. Trabajador infatigable, constante y asiduo, estudia todo lo que puede ser útil para llegar a soluciones precisas sobre los fenómenos que se producen en los mares abarcados por el radio de acción del Consejo.”* Con este embrión pretendía crear en Málaga *“una verdadera Universidad del Mar”*.

Tal y como dejó escrito uno de los participantes en el homenaje que, al finalizar este congreso se le tributó a Odón de Buen en Madrid, *“Fuisteis –dijo– el primer cultivador de los estudios oceanográficos en España, enlazándolo con resonantes triunfos; el primero en sumar el acervo creador hispánico, y el primero en concebir la primera Conferencia Internacional de Oceanografía. También en realizar trabajos ingentes, que remató con notoria fortuna al inaugurarse en Málaga el más bello edificio y magnífico Palacio de Investigaciones, que es gloria personal vuestra, tesoro de España, orgullo de América, y que tiene valor y sentido de universalidad.”*

Como ya es sabido, y han investigado Juan Pérez de Rubín y Juan Antonio Camiñas, al terminar la guerra la marina se quedó el edificio, aunque le dejó al IEO un ala. Pero ese cascarón sería utilizado después de otra manera: En un escrito de la Junta de Obras del Puerto dirigido al Laboratorio Oceanográfico se decía lo siguiente: *“Dicho edificio fue construido para Oficina Hidrográfica Internacional y Estación Biológica, debido a las influencias que cerca de la Superioridad – superioridad con mayúsculas, naturalmente – tenían los amigos y correligionarios de Odón de Buen, cuyas obras ascendieron a la cantidad de 1.325.000 ptas. aproximadamente, que fueron satisfechas por esta Junta con sus fondos propios. Desde la liberación de esta ciudad por las Gloriosas Fuerzas Nacionales, se encuentra en su totalidad ocupado por la Marina de Guerra. Estando allí instalada la Comandancia de dicha Armada”*.

Quizá ahora que se inaugura un estupendo centro que permite que, tras varias décadas fuera de Málaga vuelva el laboratorio del Instituto Española de Oceanografía a esta ciudad tan querida e importante para De Buen, parece de justicia que el edificio lleve el nombre de la persona sin cual, sin duda, no se hubiera

instalado. Sin duda los investigadores del IEO apoyaran esta petición.

Y, sin duda, el alcalde de Málaga, Francisco de la Torre, apoyará la idea de nombrar una calle de Málaga, esta ciudad tan importante para Odón de Buen y por la que tanto hizo, con su nombre. Sería un hermoso acto de justicia histórica.

Sin embargo, algo por lo que había luchado toda la vida, la república, fue para él un periodo más oscuro. Por una parte, se jubiló de la universidad, aunque no del IEO y aunque vio colmados algunos de sus proyectos, como este de Málaga, la situación general no le satisfizo. Para una persona con sus ideales, en los que la lucha conjunta por el bien común y el progreso social era parte constitutiva de su ser, las banderías republicanas le parecían contraproducentes.

En julio de 1936, en vista de lo agitado que estaba todo en Madrid, se marchó a su laboratorio de Palma de Mallorca, donde pensaba que estaría más tranquilo y seguro. Sin embargo, en Baleares triunfaron las tropas sublevadas y en agosto de 1936 le detuvieron y pasó un año en la cárcel, hasta que fue canjeado, en agosto de 1937, por una hermana y una hija del dictador Primo de Rivera. El resto de la Guerra lo pasó en Barcelona y finalmente se exilió, primero en Francia y luego, desde 1942, en México, donde ya habían llegado tres sus hijos, los oceanógrafos Rafael y Fernando, y el jurista, Demófilo. Sadí, epidemiólogo y uno de los principales responsables de la desaparición del paludismo en España, había sido fusilado en 1936; Eliseo, encarcelado, no pudo llegar a México sino hasta 1951; y Víctor, el más pequeño, se quedó en España, donde fue, entre otras cosas, el primer rector de la Universidad Politécnica de Barcelona.

Pero, aunque no quede su memoria, queda el legado de Odón de Buen. Y su legado es la investigación marina en sentido amplio, porque fue de los primeros en mirar al mar de manera sistémica. Su legado hoy es el IEO, una voz autoriza en el mundo internacional de la oceanografía. Odón de Buen pretendía que el conocimiento de los mares, de la biología marina, de la química y la física de los océanos, es decir, de la incipiente oceanografía, tuviera aplicación práctica inmediata, y por eso le interesaban los biólogos y los químicos, pero también los pescadores. Por eso, el

IEO ha tenido siempre, y mantiene aún, una vocación muy especial como centro de investigación aplicada. Y desde luego, aunque sin usar palabra, que entonces no estaba en el vocabulario, Odón de Buen pretendía que la pesca fuera sostenible, que se hiciera con criterios ecológicos, que no se destruyan los caladeros por una pesca excesiva, sino que el conocimiento sirviera, precisamente, para obtener los recursos en las mejores condiciones y garantizando su continuidad. Hay que enseñar a los pescadores a hacerlo de manera que puedan pescar cada año, decía. También en esto fue un adelantado a su tiempo.

Sin embargo, Odón de Buen, tan popular entonces, es hoy un gran olvidado. Uno de tantos, es verdad, pero quizá un poco especial, porque en él se reúnen condiciones que hacen de su olvido una laguna mayor. Podría decirse que fue olvidado con ahínco, con muchas ganas, llegando, como en el bolero que cantaba Toña la Negra, al extremo de decir “se me olvidó que te olvidé”. Su magisterio renovador en la docencia universitaria, su postura de pionero en la introducción académica del darwinismo en España, su papel como introductor e institucionalizador de la oceanografía y su relevante posición internacional, sucediendo al príncipe Alberto de Mónaco en algunos de sus cargos, hacen de él un personaje poco habitual. Verdaderamente, para olvidarlo había que olvidar mucho.

Sobre todo, si tenemos en cuenta, insisto, lo conocido que era en los medios. Por ejemplo, tras una estancia, precisamente en Málaga, en la que aprovechó para participar en una tenida masónica, el hermano Víctor Iber escribió este soneto, que recogió la prensa:

“¡Salud, maestro! luchador valiente  
que consagras tu vasta inteligencia  
á propagar la verdadera ciencia  
con tu palabra clara y elocuente.

Permíteme que humilde te presente  
mi modesto saludo, en la creencia  
de que habrá hallado un eco a tu elocuencia  
en el fondo del alma cada oyente.

Cuando lejos de Málaga, algún día,  
las palmadas oírás con que a porfía  
aplaudan tus discursos otras manos,

te ruego no nos eches en olvido,  
pues mientras nuestro pecho dé un latido,  
¡jamás han de olvidarte tus hermanos!”

Recuperar su figura es, por tanto, reparar en cierta manera ese gran olvido en una sociedad que, con frecuencia, como decía el escritor Augusto Monterroso, tiene una cultura lacustre, es decir, llena de lagunas. Poco a poco, un reciente documental sobre él –excelente, por cierto, ya se ha visto en Málaga– así lo atestigua, parece que comienza a recuperarse su figura. Por primera vez desde su muerte, los oceanógrafos del IEO le reivindicán con ganas. Sería un noble esfuerzo conjunto recuperar su memoria, por él y por nosotros; sobre todo por nosotros.

#### REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

GLICK THOMAS F. 1989: *La ciencia contemporánea en las memorias de Odón de Buen*. Actas del V Congreso de la Sociedad Española de Historia de las Ciencias y de las Técnicas, M. Valera y C. López Fernández (eds.). Tomo 1, pp. 229-243. [232]

Muchas gracias.